

La Ciencia de la información y el fenómeno de lo transdisciplinario

ARIEL MORÁN

Posgrado en Bibliotecología y Estudios de la Información, UNAM

El principio único y la raíz de casi todas las imperfecciones de las ciencias es que, mientras que admiramos y exaltamos falsamente las fuerzas del espíritu humano, no buscamos en modo alguno los verdaderos auxiliares.

Francis Bacon, *Novum organum*

INTRODUCCIÓN

El museo, la biblioteca y el archivo han vivido ciertos momentos de maridaje a través de los periodos históricos: en algunos lapsos coexistieron de manera manifiesta y en otros han aparentado estar conceptualmente alejados. En la actualidad, por ejemplo, parecen estar engarzados a través del elemento tecnológico, mismo que supone un fin para el tenor custodialista en estas instituciones. Por otra parte, a partir de su devenir histórico, es posible percatarse de que su estatus como instituciones de resguardo, paradójicamente, se ha decantado con un mayor énfasis hacia los objetos que hacia los documentos textuales (el libro, incluso, visto como objeto).

El museo (*museion*, Μουσείον) fue el lugar en Alejandría, durante el siglo III, encomendado para el culto a las musas (culto a las artes y a las ciencias), que eran las hijas de Zeus y Mnemosine, la

diosa de la memoria. Concretamente, se trataba de un conjunto de edificios construidos por la dinastía ptolemaica en su palacio real, como centro exclusivo para el cultivo y la conservación del conocimiento, en el cual se designaba un espacio para la biblioteca, pero además para un anfiteatro, un observatorio, salas de estudio, una colección zoológica y un almacén de minerales, entre otras áreas. El archivo se encontraba en el teatro; en la biblioteca se enseñaba y, además, se resguardaban los instrumentos y objetos para el estudio, por lo que el museo era en sí un centro de reunión para sabios y filósofos. Al conjunto de estos objetos se les denominaba *thesaurus* (θησαυρός), es decir, el “almacén de los tesoros”, en contraste con el actual uso de la palabra *tesauro*, que es el *corpus* de conceptos y relaciones terminológicas que permite analizar, interpretar y, seguidamente, acceder a los objetos de información (McCrank, 2001: 432-439). Dentro del museo, no existía propiamente una diferenciación categórica de acuerdo con el tipo de material o la temática, sino a partir de la necesidad de cada estudioso; dependiendo de esto, los materiales podían estar ubicados y dispuestos en las salas, el archivo o la biblioteca. Un ejemplo cercano a esta disposición conceptual del espacio es la Biblioteca Británica (la biblioteca imperial del Reino Unido), cuyo recinto es parte del Museo Británico.

Tras la conquista de los romanos, el contexto y concepto del *mu-seion* sufrió cambios. En primer lugar, la palabra *mu-seion* se latinizó y enunció como *museum*, y pasó de ser un espacio que privilegiaba lo público para ponderar lo privado; en segundo lugar, tanto la biblioteca como el archivo, el observatorio y las salas de enseñanza se deslindaron de la institución para asumir papeles sociales específicos y disociados, por lo que al museo se le comenzó a emparentar con las pinacotecas, y se le miró entonces como el organismo que resguarda las colecciones de objetos culturales (sobre todo obras de arte).

Más allá de estos cambios, los archivos, las bibliotecas y los museos han sido las instituciones que han facilitado a sus respectivas comunidades el acceso a diversas representaciones de la información, además de que en la modernidad han promovido el avance cultural y educativo de la sociedad. Con el tiempo, se han convertido en elementos fundamentales para el asentamiento de las socie-

dades democráticas. Hay que reconocer, empero, que a pesar de que archivos, bibliotecas y museos no han compartido, por un largo tiempo, la misma travesía, esta difuminación de las fronteras entre las instituciones del patrimonio cultural proporciona un entorno útil para explorar los esfuerzos de colaboración y acercamiento.

LA CIENCIA DE LA INFORMACIÓN COMO PUENTE PARA LA DIALOGICIDAD

Luego de la Segunda Guerra Mundial, y de los estragos que produjo, se generó en el mundo occidental un avance científico y tecnológico notable. Fue en este periodo cuando, de la inercia científica y tecnológica, nació la *information science*. El fenómeno de lo transdisciplinario produjo un efecto centrípeto sobre los métodos y procedimientos de las disciplinas informacionales (bibliotecología, documentación, archivología) que las conjuntó en una sola disciplina, pero generó un efecto centrífugo sobre los elementos de identidad de estas ciencias.

La “ciencia de la información” se conformó cuando el presidente de los Estados Unidos de América, Dwight Eisenhower, y su Comité Asesor de Ciencia —dirigido por James Rhyne Killian, Jr.—, se interesaron en el problema de la información científica luego de que los soviéticos lanzaran el satélite Sputnik 1 en 1957. El organismo encargado para documentar aquel programa de lanzamiento fue el Instituto de Información Científica y Tecnológica de la Unión Soviética —o VINITI por sus siglas en ruso (Vsesoyuznyy Institut Nauchnoy i Tekhnicheskoy Informatsii)—, una instancia creada en 1952 por la Academia de Ciencias de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Su equivalente en los Estados Unidos fue la Fundación Nacional para la Ciencia y la Oficina de Servicios Técnicos del Departamento de Comercio. Dicho Comité constituyó, a su vez, un subcomité especial encabezado por William Oliver Baker, vicepresidente de Investigación de Bell Telephone Laboratories, para abordar el problema del mejoramiento del acceso a la literatura científica, apoyados en las investigaciones de Claude Shannon, quien

se había separado un año antes de los laboratorios (Burke, 2007: 36; Buckland y Liu, 1998: 274-275). Este comité incluso se llegó a teorizar sobre usos prometedores para un dispositivo de búsqueda basado en la factorización cuántica. La búsqueda inteligente de información permitiría a los usuarios de bases de datos documentales realizar un rastreo textual en sistemas de información utilizando frases y contexto, con lo que se reducirían las deficiencias que resultan de la multiplicidad de resultados carentes de sentido en contraste con los requerimientos de información. Sin embargo, esto se quedó en el terreno de la teorización. Las investigaciones de Claude Shannon sobre lógica booleana, códigos binarios y su implementación mediante circuitos eléctricos para la comunicación, fueron el detonante para instaurar los primeros catálogos automatizados de acceso público automatizados y su vínculo a bases de datos. La emergente Ciencia de la información también utilizó las ideas sobre flujo de información de Ralph Hartley y el mismo Claude Shannon para entamar su concepto información (Boyd, 1996: 5).

La institucionalización de la ciencia de la información y la principal referencia de su simiente se enclavan en el momento preciso en que las asociaciones profesionales de documentalistas comenzaron a adoptar los principios teóricos de esta nueva disciplina, y comenzaron a configurar sus valores ontológicos en torno a ella. Específicamente, se toma como momento referencial el cambio de nombre del American Documentation Institute por el de American Society for Information Science en 1968. En el año 2000, la asociación volvió a cambiar de nombre y adoptó un nuevo apellido para ser la American Society for Information Science and Technology. En el 2013, con la absorción del discurso del multiculturalismo, la entidad cambió otra vez de nombre por el actual: Association for Information Science and Technology (Travis, 2013: 2).

Pese a que la ciencia de la información retoma sus principios originarios de las prácticas documentales de finales del siglo XIX, el nominativo apareció al concluir la década de los cincuenta del siglo XX, en estrecha conexión con el efervescente clima de las investigaciones en ciencia y tecnología. Los portugueses Armando Malheiro y Fernanda Ribeiro señalan que:

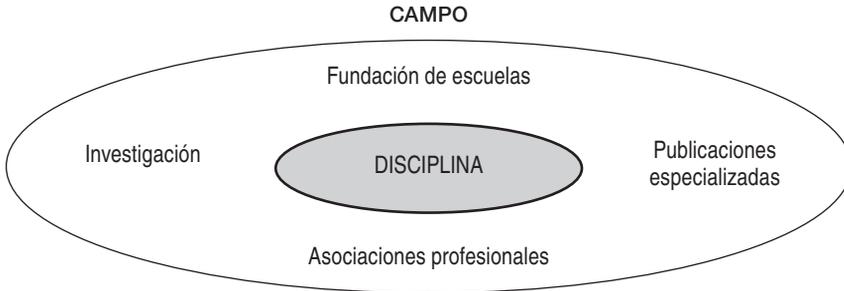
Este nuevo campo de estudio, junto al trabajo desarrollado por las áreas tradicionales —la Archivística y la Bibliotecología—, surgieron como disciplinas científicas a mediados del siglo XIX en el marco del historicismo y el positivismo pero con un estatus de “auxiliares” de la historia, por lo que se caracterizaron por la erudición de alto nivel (Silva y Ribeiro, 2012: 169).

La revolución tecnológica de los años subsecuentes y la participación de la sociedad en el fenómeno de la información, ligada a los medios digitales, provocó profundos cambios en el campo de las disciplinas informacionales debido a la urgencia de dar respuestas a los nuevos desafíos, cuya aplicación exigía una solución cada vez más consistente, teórica y metodológicamente. Esta situación es la que, en múltiples ocasiones, desacelera el proceso de consolidación de las ciencias y produce la fragmentación de sus partes constitutivas. Dentro de la bibliotecología se intuyó que un cambio era apremiante frente al torrencial discurso tecnocrático, pero dicho cambio no implicó únicamente introducir el artefacto técnico a la formulación teórica de la práctica, aunque sí una reformulación derivada de la autocomprensión del profesional.

Pese al rápido crecimiento de la ciencia de la información, el consenso en torno a su naturaleza e identidad son, todavía hoy, un problema imbricado debido a que su constitución disciplinaria no se produjo al mismo tiempo ni de la misma manera en todas las regiones y, en consecuencia, su grado de desarrollo varía significativamente y hace difícil pensar en la unión en un solo campo. Aquí se evidencia la diferencia entre *disciplina* y *campo*: La disciplina se constituye por el conjunto de teorías y preceptos que fundamentan un quehacer científico, pero el campo es un estrato más amplio en el que la disciplina es el núcleo y alrededor de ella están otras actividades como la investigación, la agrupación en sociedades profesionales, la divulgación a través de publicaciones especializadas, la fundación y consolidación de escuelas, etcétera (ver *Figura 1*).

La ciencia de la información, como disciplina, tiene concertados una serie de conceptos que enarbolan su teoría fundamental (basada en la bibliotecología, la documentación y la archivística, principal-

Figura 1.
Representación de los estratos disciplina y campo



Fuente: elaboración propia.

mente), pero como campo adolece en algunos puntos, comenzando por el hecho de que intenta orquestrar una serie de preceptos sin articularlos cabalmente. La cuestión es que, ciertamente, la disciplina es el núcleo de un campo, pero existen otras partes constitutivas que lo componen. Algunos teóricos como Jonathan Furner van más lejos y aseveran que la ciencia de la información ni es una ciencia ni trata preponderantemente sobre la información. En su análisis, la información es considerada desde varios flancos: como datos, contenidos, proposiciones, conocimiento, noticias (Furner, 2015: 362-364).

En términos generales —y probablemente de forma incompleta—, podría trazarse una secuencia histórica de la ciencia de la información, la cual comienza con el conocimiento operativo de los bibliotecarios y archivistas que como saber práctico es milenario. Estos agentes eminentemente operativos podrían ser identificados como el origen de la preocupación por las fuentes materiales dentro del mundo informativo-documental. Para los bibliotecarios y documentalistas, la ciencia de la información se refiere principalmente a la búsqueda de reglas más adecuadas para el diseño de sistemas y procedimientos encaminados a recopilar, almacenar, organizar, clasificar, indizar y recuperar aquellos materiales que soportan datos, conocimiento, significado y experiencia. Estos campos, entonces, atrajeron a los que trabajaban con información especializada, quienes

generalmente forjaron su experiencia lindando en los terrenos del trabajo de los científicos (ciencia para la ciencia). Estas personas trajeron con ellos la preocupación por una mayor sistematicidad y formalismo con un empuje muy claro hacia clasificaciones más precisas y relaciones de indización más complejas. También desarrollaron la preocupación por el comportamiento del usuario y comenzaron con los estudios del comportamiento de la información.

Recientemente, este campo atrajo a administradores y científicos de la computación. La informática ha contribuido al dotar de un enfoque más turgente los asuntos relacionados con la recuperación de la información. El campo de la ciencia de la información, desde un inicio, comenzó a desarrollar diferentes manifestaciones o concepciones y muta conforme a ellas (Ribeiro, 2006: 165-166). De acuerdo con esta perspectiva canónica, y bajo el sentido de lo que es la corriente principal (el de la bibliotecología, la documentación y la archivística), todos los otros elementos podrían ser vistos como invasores del espacio, con lo que su propio bagaje, al conjuntarse con aquellos, hace que cambien su sentido y propósito central.

El denominativo “ciencia de la información” refiere a la disciplina que se consolidó en la década de los sesenta, y que buscó retomar los preceptos de la bibliotecología, la documentación y la archivística, y abrir así el abanico de aplicación de la práctica informativa-documental. Las “ciencias de la información”, por otra parte, son las ciencias que sirvieron de fuente para la ciencia de la información, pero su enunciación denota una intención que no busca desmembrarlas y conformar una sola, sino seguir considerándolas como disciplinas autónomas y plenamente constituidas. Ambas expresiones (“ciencia de la información” y “ciencias de la información”) son la respuesta a la diatriba transdisciplinaria. Por un lado, se asume el desafío inmediatista de la sociedad post-industrial, siguiendo cabalmente la inercia cientificista; por el otro lado, se admite una problemática y la posibilidad del cambio, pero no se propone que huyamos todos en bandada hacia el único bote disponible, sino aprovechar la circunstancia para robustecer los supuestos teóricos de cada disciplina, dialogar entre ellas, y reconocer métodos y procedimientos similares, cada cual con su enfoque particular.

Reconocer una “ciencia de la información” de una manera sopesada puede ser útil para trazar un puente conceptual entre las disciplinas informativas y las documentales. Como ya se dijo anteriormente, la perspectiva purista de una ciencia de la información supone retomar los postulados más significativos de estas disciplinas y enconarlos hacia un solo discurso. No obstante, estudiarla de una forma ponderada podría ser apto para enarbolar la dialogicidad —la comprensión de *uno* y del *otro*— entre la bibliotecología, la documentación, la archivística, y acaso la museología.

LAS INSTITUCIONES DE MEMORIA Y LA TRANSDICIPLINARIEDAD

Desde mi visión, la perspectiva situada hacia la ciencia de la información abre una oportunidad valiosa, no para constituir la como una disciplina unitaria, sino que su carácter constitutivo puede servir como puente de diálogo entre las disciplinas informativas y las documentales. Por el contrario, los autores portugueses aludidos anteriormente señalan que:

La perspectiva que defendemos y hemos tratado de consolidar [...] asume a las ciencias de la información como un campo unitario del conocimiento, aún transdisciplinario, enclavada en el área general de las ciencias humanas y sociales, lo que da soporte teórico a disciplinas como la bibliotecología, la archivística, la documentación y algunos otros aspectos de la tecnología aplicada a los sistemas de información [...] En la perspectiva que defendemos, además de establecer los límites de la ciencia de la información, también definimos un objeto de estudio y asumimos un método de investigación adaptado a las características de la información como un fenómeno social, destacando su componente cualitativo, el cual es apropiado en el ámbito de las ciencias sociales (Silva y Ribeiro, 2012: 170).

Para el danés Birger Hjørland, los conceptos “documentos” e “instituciones de memoria” son términos genéricos para el objeto de

estudio de las ciencias de la información (bibliotecología, documentación, archivística e, inclusive, la museología) (Hjørland, 2000: 28). Søren Brier, coterráneo de Hjørland, dice que:

La principal experticia de los bibliotecarios, archivistas y documentalistas siempre se ha condensado en el almacenamiento, la indización, la recuperación y la mediación de los materiales que transportan datos, conocimiento, significado y experiencia. Como ciencias, su objetivo ha sido, ante todo, promover la comunicación. Esto puede incluir los patrones para los registros, observaciones, conocimientos teóricos, así como significados, visiones o experiencias, frente a los medios de comunicación tales como documentos, libros, discos, cintas, programas informáticos, disquetes, discos compactos, hipertexto, imágenes, películas y videogramas, que van desde el productor hasta el usuario. Estas formas de mediación, y también las futuras, pueden resumirse bajo el concepto general, usado en la bibliotecología, de lo que es un “documento” (Brier, 2006: 6).

Por su parte, Sanjica Faletar y Boris Bosančić, de la Universidad de Osijek, atenuan que:

Archivos, bibliotecas y museos son instituciones del patrimonio cultural, o instituciones de memoria en sí, cuya misión es, en principio, la misma: organizar, preservar y facilitar el uso del patrimonio cultural y científico. A pesar del hecho de que se han centrado tradicionalmente en materiales de diferente formato (aunque no siempre), pese a que en sus quehaceres existen diferentes estándares profesionales y normas, las tareas y desafíos que enfrentan son similares (2005: 1).

Para Hjørland, los desafíos de la bibliotecología se resumen en los esfuerzos por erigir una institución de memoria, pero desde la perspectiva del usuario. Este autor cree que la creciente influencia de la tecnología en la ciencia de la información “ha puesto en duda el papel futuro de las bibliotecas tradicionales, archivos y otros tipos de instituciones de la memoria” (Hjørland, 2000: 31 y 38). La concep-

tuación de la figura de “institución” en Hjørland no es plenamente fisicalista, ya que es amplia y abarca, incluso, la biblioteca metafórica. Como Borges, que habla de una Biblioteca (con mayúscula) que es el universo (esférica, interminable, que existe *ab æterno*), la cual está construida en proporciones hexagonales, casi como alusión a los polígonos platónicos. En el *Timeo*, Platón le otorga una forma geométrica a cada representación elemental de la materia: por ejemplo, el universo es un dodecaedro y la tierra un hexaedro. Héctor Alfaro también habla de una Biblioteca (en mayúscula) y de una biblioteca (en minúscula): la una es “todas las bibliotecas y a la vez ninguna”, es la que da forma y sentido; la otra es la “específica y particular que tiene servicios determinados” (Alfaro López, 2011: 3-4). Joseph Nitecki basó la explicación de su postura filosófica para la bibliotecología en la idea de una *meta-biblioteca* (biblioteca metafórica) concebida como una esfera compuesta por un hexaedro interno y segmentado, y con relaciones en forma de hélices (Nitecki, 1993: 85-171).

La cuestión de la “memoria” en Hjørland se refiere al potencial que un documento tiene, de manera intrínseca, de ser consultado. Sin embargo, esto puede conducir al “anarchivo” derridiano. Una cuestión importante aquí es que los estudios de necesidades de información construyen su andamiaje sobre la idea de ese potencial de consulta (que no es lo mismo que el potencial informativo) o, en otras palabras, tejen la trama de la biblioteca a partir de la especulación, y ésta —dice Derrida— es el comienzo de la fabulación y, por ende, del mal de archivo. Esto puede ser sentenciado con lo dicho por el Zaratustra nietzscheano: “el que cree conocer al lector no hace ya nada por el lector” (Nietzsche, 1986: 35). Como prontuario, Derrida define el “anarchivo” como la obsesión del archivo, “la violencia del olvido”, lo que se pierde o traslapa. Para el “maestro de la deconstrucción”, estar en *mal de archivo* implica:

[...] interminablemente buscar el archivo allí donde se nos hurta. Es correr detrás de él allí donde [...] algo en él se anarquiza. Es lanzarse hacia él con un deseo compulsivo, repetitivo y nostálgico, un deseo irrepresible de retorno al origen, una morriña, una nos-

talgia de retorno al lugar más arcaico del comienzo absoluto (Derrida: 1997, 89).

Desde este punto de vista, todo estudio que intenta acercarse a un documento que ha modificado su contexto (que se ha anarquizado) lleva consigo parte de esa nostalgia, pero sobre todo la obsesión por entender el acontecimiento que se ha quedado encapsulado en el papel o en la imagen; es decir, en lo físico.

Desde la visión noética de Tom Stonier, se entiende que la implementación física es sólo uno de los «rostros» de la información y, por ende, la representación física de la información debe ser sólo una primera aproximación a su estudio. La información es hilemórfica (forma y materia), como lo señaló el filósofo francés Gilbert Simondon en 1958. Algunas disciplinas, como muestra, exponen preponderantemente su “cara física”, como la informática, pero esto no implica que sea la única cara. La posición intelectual de Stonier ha contribuido a dar forma a un nuevo concepto de la organización de la información, y también reformuló el concepto tradicional de “servicio de biblioteca”, que era visto sólo como *in situ*. Stonier habló de un servicio sin las limitaciones del espacio físico, y se refirió más bien a un espacio lógico determinado por la organización del flujo de información (Stonier *et al.*, 1990: 181-182). Para el mérito de la Universidad de Bradford, el servicio de la biblioteca no debe estar encapsulado por el espacio físico, sino que debe estar dispuesto por dos aspectos: el amplio espectro de los “flujos de información” (materiales o inmateriales, bien orquestados o caóticos) y por la lógica (ya sea dinámica, epistémica, modal, local) a través de un orden u organización en un sistema. El flujo de información que se da entre los distintos órdenes de magnitud permite considerar incluso a los seres vivos como un sistema, es decir, como un ser en relación consigo mismo y con las variaciones de su medio.

Para Michael K. Buckland, los servicios bibliotecarios, los usuarios de éstos, y la relación e interacción entre ambos, pueden considerarse como parte de un sistema. Considera que la biblioteca es esencialmente un sistema e indica que las actividades de interacción ocurren a través de la disposición y uso de los servicios, los

cuales, sin embargo, no dejan de ser susceptibles a interferencias externas a la propia biblioteca. Una característica de los sistemas de este tipo (las bibliotecas) es la del control que éstos ejercen sobre su estructura, y la posibilidad de realizarlo sobre los impulsos que se reciben del exterior. A partir de esto, se constituyen los flujos de información (Buckland, 1988: 29-30).

En términos de las relaciones e interacciones que ocurren en la complejidad de la biblioteca (vista como sistema), Buckland observa que algunos libros son colocados en los estantes, y uno o algunos usuarios pueden utilizar uno o más de ellos. Empero, una observación más puntual revelaría que hay, en realidad, una infinidad de interacciones posibles. En virtud de las consideraciones de Buckland, lo que se vuelve importante es rescatar la existencia de lo que él llama una *contradicción*, en razón de que los sistemas en general se caracterizan por responder a los cambios, adaptarse a sus ambientes y mantener suficiente estabilidad para sobrevivir; estos aspectos, no obstante —según sus aseveraciones—, hacen que los servicios bibliotecarios se miren generalmente como débiles y sin capacidad de adaptación y estabilidad, pues la generación de servicios y el uso de la biblioteca es comúnmente endeble, incompleto o simplemente inexistente (Buckland, 1988: 31-33). Así, se considera que las bibliotecas pueden tener problemas serios pero realmente ninguna crisis dramática, lo que les permite sobrevivir.

OBJETOS DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTOS

Para el tailandés Soraj Hongladarom, todo lo que existe, ha existido y existirá en el universo podrá ser concebido como objeto de información. Que cualquier cosa pueda ser intuita como un objeto de información significa que la información lo es prácticamente todo (Hongladarom, 2008: 180). Esto implica que la acepción de “objeto” se abre más allá del espectro de interacción de los seres humanos. Para Hjørland, “la información no es una cosa, pero todas las cosas sí pueden tener un carácter informativo [...] y estas cosas que se ven generalmente como importantes por sus potencialida-

des informativas pueden calificarse como documentos” (Hjørland, 2000: 35). En esto se recuerda lo que sostuvieron Raber y Budd:

[...] la ‘información’ vista como un objeto teórico se encuentra en una posición poco envidiable. Se debe abarcar a la información, de alguna manera, como un objeto material, un efecto cognitivo individual, y una institución social (2003: 521).

Precisamente, para Hjørland, estos documentos deben ser organizados, recuperados y difundidos por archivos, bibliotecas, museos, y otros tipos de instituciones de memoria.

En las disquisiciones del diálogo transdisciplinario, la museología no tiene un mero papel contemplativo; su intervención en la última década ha sido más bien activa, ya que ha enriquecido la configuración de los conceptos “documento” y “objeto de información”, ampliándola a las piezas de museo. Michael Buckland establece que el museo ha sido el repositorio primordial de los objetos de información, y critica que la ciencia de la información haya recopilado principios y procedimientos de la documentación, la bibliotecología y la archivística, pero no así de la museología. Señala enfáticamente que:

Es probable que cualquier universidad establecida, por ejemplo, tenga una colección de rocas, un herbario de plantas conservadas, un museo de artefactos humanos, una variedad de huesos, fósiles y esqueletos, y muchas otras cosas más [...] Por supuesto, los objetos no son documentos en el sentido normal de “ser”; sin embargo, los textos pueden ser recursos de información, o sea, la información como cosa. Los objetos se recogen, almacenan, recuperan y se examinan como información, como la base para informarse. Entonces, habría que cuestionar la integridad del punto de vista de la ciencia de la información acerca de la información —o los sistemas de información— y de por qué no se extiende a los objetos, de la misma manera que con los documentos y los datos (Buckland, 1991: 354).

De hecho, Kiersten Latham, de la Universidad Estatal de Kent, se basa en las posturas de Michael Buckland (uno de los principales teóricos de la ciencia de la información) para aproximarse al objeto de museo y comprenderlo como un documento al cual los usuarios tienen acceso a través de un *continuum* de experiencia (entendida en el sentido estético de autores como Hume o Kant), como relación *sujeto ↔ objeto*. Para ella, los objetos de museo, vistos como documentos, “pueden ser entendidos como actores y protagonistas de la transacción entre las personas y las cosas” (Latham, 2012: 67).

A la sombra de estas elucubraciones, quizá el concepto de “institución de memoria” en Hjørland (quien a su vez lo retoma de Roland Hjerppe) sea mucho más aplicable a la museología, principalmente porque en la biblioteca o el archivo es más factible que acaezca el fenómeno derridiano del *anarchivo*. Esto es mucho más factible de creer, principalmente, al cobijo del movimiento de la “nueva museología” que sobrevino hace veinte años encabezado por Pierre Mayrand, y que propugnó por una evolución de la mentalidad, concretada en la reflexión sobre el futuro de los museos como aquellas instituciones que fungirán como el “centro de la vida cultural del mañana” (Fernández, 2012: 19). Entonces, el objeto de museo era concebido como un objeto cultural, como una construcción procesal y cognitiva.

Buckland estableció que la información puede ser entendida bajo tres espectros: como proceso, conocimiento u objeto. En esta última dimensión, los objetos se consideran a partir de su carácter de ser “informativos”:

Archivos, bibliotecas y oficinas están dominados por los textos: documentos, cartas, formularios, libros, publicaciones periódicas, manuscritos y archivos escritos de diversa índole, en papel, en microforma y en formato electrónico. El término “documento” se utiliza normalmente para referirse a textos o, más exactamente, a los objetos de texto que devengan. No parece haber ninguna razón para no extender el uso de “texto” y “documento” a imágenes, sonidos e, incluso, a la transmisión de algún tipo de comunicación, ya sea estética, inspiracional, instrumental, o lo que sea. En este sentido,

una tabla de números puede ser considerada como texto, como un documento, o como datos (1991: 351 y 353).

Las diferencias entre las cualidades de los documentos a los que se abocan tanto la bibliotecología como la archivística son aseQUIblemente señalables: en la archivística son, casi siempre, documentos únicos y testimoniales; los documentos de la biblioteca, por su parte, pueden o no poseer esa cualidad, es decir, el bibliotecario está en el libre juego de dispersarlos y volverlos a relacionar de formas complejas no excluyentes bajo diferentes criterios (temática, semántica, obsolescencia, prestancia, circulación). Pero las diferencias entre el documento bibliotecológico y el objeto museológico son más pronunciadas. Como lo menciona Buckland, “algunos objetos informativos, como las personas y los edificios históricos, simplemente no se prestan a ser recogidos, almacenados y recuperados” (1991: 354) bajo el libre juego de la biblioteca.

No obstante, bajo la perspectiva de Tom Stonier (1991), el espacio no es el que determina el quehacer de la bibliotecología ni el de la ciencia de la información, por lo que la reubicación física de una colección no siempre es necesaria para la representación temática de estos documentos o el acceso continuo a ellos. Los objetos de museo, en sus ubicaciones existentes, pueden formar parte de una colección, y con esto se crea la sensación de una “colección virtual”, en su sentido más estricto (producir un efecto), que se basa la relación con el usuario (espectador). En el caso de las imágenes, se pueden crear algunas descripciones o representaciones de ellas, ya sean películas, fotografías, ilustraciones, entre otras.

Como ya se mencionó, de la misma forma en que un libro o manuscrito son objetos físicos potencialmente capaces de informar a alguien, los objetos de museo también tienen un potencial informativo. Latham utiliza algunos criterios de Suzanne Briet y Michael Buckland para establecer qué es lo que determina a un objeto de museo como documento, y señala, principalmente, que lo que determina su estatus no es la materialidad, además de que detrás de su confección existe una intencionalidad, por lo que el objeto puede ser tratado como evidencia testimonial (Latham, 2012: 58).

En contexto, Ania Hernández considera que, con el paso del dominio analógico al digital y con la amplitud pragmático-funcional, se está rebasando la función testimonial que tenían los archivos. Aunado a esto, apunta que:

Los archiveros no están solos, no son los únicos y mucho menos son huérfanos. No ya. Por primera vez en la historia, todas las disciplinas que se ocupan por separado de atender la información documentada, enfrentan, al unísono, “una forma unitaria de registro que resulta idónea para todas las formas de expresión humana”. Por primera vez en la historia, un “progenitor común” se está presentado y propone disolver la crisis de identidad que afecta como “gueto intelectual”, como trincheras del aislacionismo documental-funcional: la Filosofía de la Información. Por tanto, así como no se puede desconocer la naturaleza de los nuevos documentos, los riesgos y las ventajas que representan, lo cual ya hace tiempo es obvio, no se debe tampoco seguir tratando el análisis del fenómeno esencial (los registros de información y conocimiento) por separado, desde las remotas parcelas técnico-disciplinares de bibliotecarios, documentalistas, científicos de la información, arquitectos o archiveros, excluyendo innecesariamente, desde estos presupuestos, importantes y comunes referentes teóricos y filosóficos (Hernández Quintana, 2006: 6).

Para esta autora cubana, la filosofía de la información es la que debe orquestar el puente de diálogo entre las disciplinas informacionales, ya que, al mismo tiempo que disipa el minimalismo particular de cada una, también refuerza la identidad de la comunidad epistémica de estas disciplinas. Floridi dice que una aproximación hacia las bases de la bibliotecología desde la filosofía de la información podría ayudar a trabajar ontológicamente su objeto de estudio, ya que es una teoría sustancial de la dinámica de la información, con un enfoque ético para su uso (Floridi, 2004: 659).

Sanjica Faletar y Boris Bosančić consideran que la forma en la que se concibe el constructo «información» dentro de la archivística

ca, la bibliotecología y la museología es lo que determina, en realidad, las diferencias entre ellas. Ambos creen pertinente configurar un concepto común, pero no para construir una “gran ciencia de la información”, sino para encontrar puntos que permitan la colaboración entre estas disciplinas. Ian Cornelius, por su parte, coincide en que se debe reconceptuar esta palabra, pero propone hacerlo con miras a fundamentar a la ciencia de la información. Él concita con los autores croatas en que cada una de las disciplinas informacionales (bibliotecología, documentación y archivística) concibe teóricamente la información de diferente manera, a partir de su propia dimensión pragmática; esto es, principalmente, lo que impide que la ciencia de la información pueda consolidarse:

La “información” que buscamos no es sólo algo “allá afuera” que tenemos que descubrir, es algo que sucede para que coincida con las condiciones de nuestra petición; es como saber cómo formular una pregunta que tendría la posibilidad de encontrar una respuesta [...] En cada caso, la comprensión de lo que se constituye como información, o “la información”, está condicionada por la práctica social de la que les ha tocado ser partícipe, y por su propio estado (que podría ser dinámico) dentro de esa práctica social. Es el contexto de la práctica lo que hace que algo sea “información” (Cornelius, 2014: 190).

Para construir una disciplina que tenga cierta correspondencia en el mundo real —sostiene Cornelius—, se debe comenzar con la forma en la que el término “información” se utiliza en el mundo real. No obstante, esto tiene la atenuante de que cada disciplina conoce la realidad del mundo desde su propia perspectiva teórica, con lo cual no se avanza en esta cuestión. Lo cierto es que la palabra «información» se utiliza ampliamente en casi todos los campos y disciplinas, en su mayoría sin ningún significado profundo (salvo notables excepciones), pero de vez en cuando se usa como un término especializado asociado a una (de tantas) teorías de la información bajo parámetros de las prácticas de disciplinas particulares. En efecto, Rendón Rojas señala que:

[...] existe una diversidad muy amplia de enfoques y propuestas sobre el objeto de estudio de la Ciencia de la Información debido a la transdisciplina, ya que como resultado de la evolución de varias ciencias (Bibliografía, Bibliotecología, Archivística, Documentación, entre otras) confluyen para dar origen a esa realidad compleja, sin que esas disciplinas desaparezcan completamente. Por otro lado, el enfoque desde el que se realiza la interpretación también influye en esa diversidad de posturas (2013: 39).

Tal como señala Simondon, al referirse a la información, ésta “no es jamás un término único, sino la significación que surge de una disparidad” (2009: 42).

CONCLUSIONES

El problema fundamental de las disciplinas informacionales radica en que, en este momento, parece haber poca suficiencia en el equilibrio de fuerzas centrífugas y centrípetas que puedan mantener al campo unido. Las personas del campo bibliotecológico (y sus estudiantes) no deben sólo especializarse en algún tópico de moda, sino que detrás de sus intereses debería prevalecer la preocupación por el campo en su conjunto. Deben verse a sí mismos dentro de la perspectiva del desarrollo histórico del campo. Si el campo se considera débil, si los estudiantes y profesores en el campo no pueden encontrar conocimiento útil dentro de la bibliotecología, entonces se tiende a utilizar los conocimientos de otros campos, lo que contribuye a aumentar el contenido deudor y, así, a las tendencias centrífugas y la erosión del terreno.

BIBLIOGRAFÍA

- Alfaro López, Héctor Guillermo. (2011). *Estudios epistemológicos de bibliotecología*. México: CUIB-UNAM.
- Bacon, Francis. (1984). *Novum organum*. Madrid: Sarpe.
- Boyd Rayward, Warden. (1996). "The history and historiography of information science: Some reflections". *Information, Processing & Management* 32-1: 3-17.
- Brier, Søren. (2006). "The foundation of library and information science in information science and semiotics". *Libreas: Library Ideas*: 4. http://www.ib.hu-berlin.de/~libreas/libreas_neu/ausgabe4/pdf/001bri.pdf.
- Buckland, Michael Keeble. (1991). "Information as Thing". *Journal of the American Society for Information Science*, 42-5: 351-360.
- . (1988). *Library Services in Theory and Context*. Nueva York: Pergamon.
- Buckland, Michael Keeble y Ziming Liu. (1998). "History of Information Science". En Trudi Bellardo Hahn y Michael Keeble Buckland, eds., *Historical Studies in Information Science*, 272-295. Nueva Jersey: Information Today / American Society for Information Science.
- Burke, Colin. (2007). "History of information science". *Annual Review of Information Science and Technology*, 41-1: 3-53.
- Cornelius, Ian V. (2014). "Epistemological challenges for information science: Constructing information". En Fidelia Ibekwe-SanJuan y Thomas M. Dousa, eds., *Theories of information, communication and knowledge: A multidisciplinary approach*, 181-203. Dordrecht: Springer.
- Derrida, Jacques. (1997). *Mal de archivo: Una impresión freudiana*. Madrid: Trotta.

- Faletar, Sanjica y Boris Bosančić. "Can Archivists, Librarians, Museologists and Information Technology Specialists Join Hands to Do a Better Job?". Ponencia presentada en la 71 IFLA General Conference and Council, Oslo, 14 al 18 de agosto de 2005.
- Fernández, Luis Alfonso. (2012). *Nueva museología: Planteamientos y retos para el futuro*. Madrid: Alianza.
- Floridi, Luciano. (2004). "Library and Information Science as Applied Philosophy of Information: A Reappraisal". *Library Trends*, 52-3: 658-665.
- Furner, Jonathan. (2015). "Information Science is Neither". *Library Trends*, 63-3: 362-377.
- Hernández Quintana, Ania Rosa. (2006). "La filosofía de la información y la convergencia documental: Inserción de un paradigma teórico... no sólo en la archivística". *Acimed: Revista Cubana de Información en Ciencias de la Salud*, 14-3: 1-14.
- Hjørland, Birger. (2000). "Documents, Memory Institutions and Information Science". *Journal of Documentation*, 56-1: 27-41.
- Hongladarom, Soraj. (2008). "Floridi and Spinoza on Global Information Ethics". *Ethics and Information Technology*, 10-2, 3: 175-187.
- Latham, Kiersten F. (2012). "Museum Object as Document: Using Buckland's Information Concepts to Understand Museum Experiences". *Journal of Documentation*, 68-1: 45-71.
- McCrack, Lawrence J. (2001). *Historical Information Science: An Emerging Unidiscipline*. Nueva Jersey: Information Today.
- Nietzsche, Friedrich W. (1986). *Así hablaba Zaratustra: Un libro para todos y para nadie*. México: Época.
- Nitecki, Joseph Z. (1993). *Metalibrarianship: A Model for Intellectual Foundations of Library Information Science*. Nueva York: J. Z. Nitecki.

- Raber, Douglas y John M. Budd. (2003). "Information as Sign: Semiotics and Information Science". *Journal of Documentation*, 59-5: 507-522.
- Rendón Rojas, Miguel Ángel. (2013). "Una epistemología dialéctica de la ciencia de la información: Entre Ariadna y Penélope". En *VI Encontro Ibérico EDICIC 2013: Globalização, Ciência, Informação, Atas*, 33-48. Portugal: Centro de Estudos de Tecnologías y Ciencias de la Comunicación-Universidad de Porto/ León: Universidad de León.
- Ribeiro, Fernanda. (2006). "The Archival Training in the Post-custodial Era, in Accordance with a Scientific-informational Paradigm: The Portuguese Model". En *The 2nd Asia-Pacific Conference for Archival Educators and Trainers: The Archival Science and Archival Education in the Electronic Age*, 165-176. París: International Council on Archives.
- Silva, Armando Malheiro da y Fernanda Ribeiro. (2012). "Information Science and Philosophy of Information: Approaches and Differences". En Hilmi Demir, ed., *Luciano Floridi's philosophy of technology: Critical reflections*, 169-1987. Nueva York: Springer.
- Simondon, Gilbert. (2009). *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*. Buenos Aires: La Cebra/Cactus.
- Stonier, Tom *et al.* (1990). "Individual and domestic use of information". En John Martyn, Peter Vickers y Mary Feeney, eds., *Information UK 2000*, 169-183. Londres: Bowker/Saur.
- Stonier, Tom. (1991). "Towards a New Theory of Information". *Journal of Information Science*, 17-5: 257-263.
- Travis, Irene L. (2013). "Editor's Desktop". *Bulletin of Association for Information Science and Technology*, 39-4: 2.